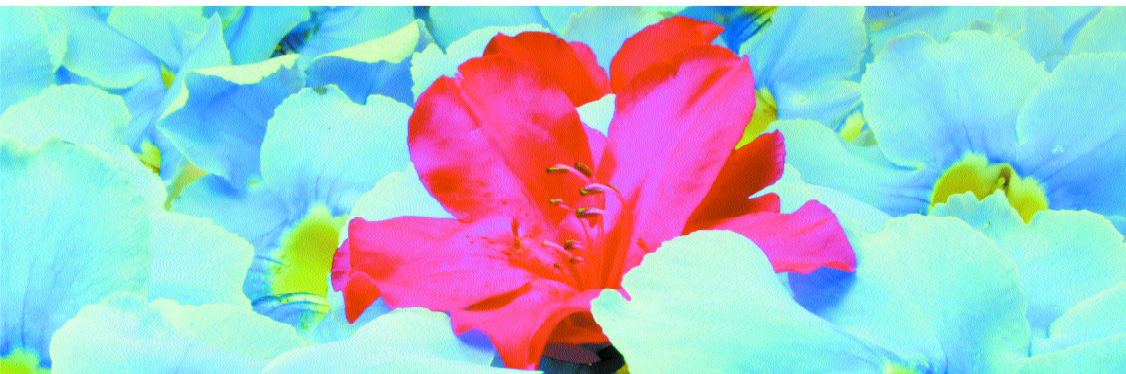


Rowland Rose nos sumerge en la apasionante aventura de una mujer que busca respuestas a una vida sin sentido y encuentra el verdadero sentido a su vida.

# LA MONJA QUE EMPEÑÓ SU FERRARI



---

ROWLAND ROSE

AUTOR DE *¿Quién se ha comido mi queso?*

ediciones i

# LA MONJA QUE EMPEÑÓ SU FERRARI

ROWLAND ROSE



LA MONJA QUE EMPEÑÓ SU FERRARI

UN RELATO ESPIRITUAL

**ediciones i**

# LA MONJA QUE EMPEÑÓ SU FERRARI

UN RELATO ESPIRITUAL

AUTOR: ROWLAND ROSE

DISEÑO: VICENTE CARBONA

© 2006 INTEGRALIA LA CASA NATURAL, S. L.

LUIS OLIAG, 69B - 46006 VALENCIA, SPAIN

WWW.EDICIONESI.COM

INFO@EDICIONESI.COM

PRIMERA EDICIÓN: ABRIL 2006

SEGUNDA EDICIÓN: MARZO 2007

TÍTULO EN INGLÉS: THE NUN WHO PAWNED HER FERRARI.

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS, NINGUNA PARTE  
DE ESTA PUBLICACIÓN PUEDE SER REPRODUCIDA,  
ALMACENADA O TRANSMITIDA POR NINGÚN MEDIO  
SIN PERMISO PREVIO DEL EDITOR.

ISBN: 84-934231-4-9

DEPÓSITO LEGAL:

IMPRIME: GRUPO CARDUCHE.

NOTA DEL EDITOR: TODOS LOS DATOS Y PERSONAJES  
QUE APARECEN EN ESTA OBRA SON FICTICIOS.

# ÍNDICE



## CAPÍTULO UNO

LA REVELACIÓN

II

## CAPÍTULO DOS

EL PRINCIPIO DE LA LIBERACIÓN

19

## CAPÍTULO TRES

EL DESTINO

27

## CAPÍTULO CUATRO

LA COMPASIÓN

31

## CAPÍTULO CINCO

EL PERDÓN

47

## CAPÍTULO SEIS

LA TRANSFORMACIÓN

67

**CAPÍTULO SIETE**

SUPERANDO EL TEMOR

75

**CAPÍTULO OCHO**

VIVIR CONSCIENTEMENTE

85

**CAPÍTULO NUEVE**

LA INICIACIÓN

97

**CAPÍTULO DIEZ**

LA PLENITUD

109

**CAPÍTULO ONCE**

EL CAMINO

117

**CAPÍTULO DOCE**

VIVIR, VIVIR ETERNAMENTE

123

## CAPÍTULO I

### LA REVELACIÓN

Irma Wallace era una mujer de mediana edad. Nunca había sido guapa, aunque tenía una luz especial en sus ojos, en su expresión, que la hacía particularmente atractiva. Sin embargo, poco a poco, a lo largo de años de sacrificio y duro trabajo, esa luz había ido desapareciendo.

Su número era el dos. Nació un dos de Febrero. Había tenido dos amantes en su vida. Uno, cuando era una jovencita llena de ilusiones. Otro, el canalla que la dejó embarazada antes de cumplir los veinte años y con el que se casó, aunque a los pocos meses desapareciera, dejándola con dos niños: los gemelos Andy y Julián.

Julián nació el segundo, pero enseguida se vio que iba a ser el que llevara la voz cantante. Lloraba constantemente reclamando con mayor insistencia que Andy, apocado quizá por el estruendo de su hermanito, la presencia de su madre y, claro está, el suministro de alimento que ella le proporcionaba. Desde el principio trató de desplazar a sus rivales, en este caso a su propio hermano.

Irma tuvo que dejar los estudios universitarios y ponerse a trabajar para dar de comer a sus hijos. Sólo pudo encontrar trabajo de limpieza. Limpiaba dos edificios de oficinas. Ocho horas cada una de ellas. Dieciséis horas diarias. New York, New York.

Los años pasaron. Su juventud se esfumó, al igual que sus dos hijos. Gradualmente las visitas se espaciaron cada vez más. En el caso de Andy, porque las distancias son muy largas en Estados Unidos y eran una buena excusa para no ir a verla. Finalmente los dos dejaron de llamarla.

Julián, de pequeño, ya demostró un carácter egoísta, que fue agudizándose con el paso de los años. Pronto fue un reputado abogado. Dilapidaba el dinero, pero no fue capaz de acordarse de su madre ni tan siquiera en los días de su cumpleaños. Para él su madre no existía.

Para pagar los estudios de sus hijos, había tenido que endeudarse; y, años después de que los dos hubieran acabado sus carreras universitarias y estuvieran ejerciendo, ella seguía trabajando para poder pagarlas.

Aquel día, mientras trabajaba en la planta doceava, notó una presión en el pecho, el aire no llegaba a sus pulmones, sentía que se ahogaba. La aspiradora con su vibración y el campo electromagnético que provocaba le producía una sensación desagradable, sensación que fue incrementándose hasta que dejó caer el largo mango y se apoyó en la pared.



Irma Wallace no podía más. Había llegado al máximo de su tolerancia al estrés. Desde hacía tiempo tomaba pastillas de todo tipo y colores, que no le servían más que para aumentar los beneficios de las empresas farmacéuticas, y que le impedían buscar las verdaderas causas de sus depresiones, angustias y confusas dolencias.

Si estaba un poco rechoncha no era porque comiera mucho, sino por la comida basura que se veía obligada a ingerir a toda prisa en su apretado horario entre trabajo y trabajo. De hecho, de jovencita su silueta era delgada y fibrosa, pero tantas hamburguesas de dudosa carne, bollería, grasas y azúcares habían moldeado una nueva hechura en su castigado cuerpo.

Ahora, allí, en ese edificio enfermo, lleno de materiales sintéticos, sistemas de aire acondicionado centralizado, con el aire empobrecido e insalubre, electricidad estática y las malas vibraciones del estrés y la competitividad malsana que impregnaban el lugar, Irma Wallace sobrepasó su límite.

Uno de los guardas de seguridad pasó junto a ella y ni siquiera la miró. Hacía años que Irma se había dado cuenta de que, paulatinamente, se había vuelto invisible. Nadie se percataba de su presencia. Ni la miraban por la calle. De hecho, hasta en las esperas del autobús o en el supermercado, muchas veces, se le colaban porque no notaban que estaba allí. Irma Wallace prácticamente no existía.

Una hora después el encargado de la limpieza llegó echando pestes. “Irma, maldita sea, qué pasa que no has acabado en esta planta”. Al verla sentada en el suelo con la cabeza ladeada, trató de levantarla, pero no pudo. La comida basura, el cansancio y el estrés acumulado habían hecho su efecto. Finalmente, el hombre llamó a seguridad. Otra hora más tarde una ambulancia llevaba a Irma Wallace, la mujer de la limpieza, al hospital.

Su enfermedad estaba clara. Padecía un desgaste generalizado de su organismo. “Vejez prematura”, dijo el médico. No había solución. La fatiga, la tensión, los mareos, los dolores... se habían vuelto crónicos. Bueno, quizás hubiera algún tratamiento, pero eran muy caros y su seguro no lo cubría. Sólo podían seguir dándole medicamentos para paliar la sensación de angustia y de dolor; en realidad para momificarla, no para curarla.

A Irma, el sistema sanitario sólo le dejaba la alternativa de irse consumiendo, drogada y enferma, hasta morir.

Días después salió del hospital. Sus hijos habían sido avisados, pero ninguno acudió. Andy vivía a más de mil kilómetros, sujeto a la tiranía de su mujer. “Andy siempre fue un tanto apocado”, pensaba Irma. Quizá buena parte de la culpa residía en el poco tiempo que le pudo dedicar mientras crecía; y la influencia de Julián, con su temperamento dominante y retorcido, había moldeado su carácter a su conveniencia. Cuando Andy se casó, Irma compren-

dió que huía de una tiranía para caer en otra.

Julián, sin embargo, era un abogado duro, enérgico, emprendedor y sin escrúpulos. Vamos, lo que se dice un triunfador. Gastaba en cada uno de sus ostentosos trajes tres mil dólares, lo que Irma ganaba trabajando duramente durante varios meses.

Había hecho correr la falsa idea de que su abuelo era un destacado senador y su padre un reputado juez. Aunque la realidad era que nadie sabía quién era su abuelo paterno y que su padre era un alcohólico pendenciero y machista. En esta fábula familiar, una madre trabajadora y con poco glamour no tenía cabida. Así que Irma desde hacía muchos años no tenía noticia de su querido hijo, por lo que no se extrañó de que no apareciera por el hospital, y ni siquiera se interesara por ella.

Julián, por su parte, tuvo un ataque cardiaco leve, quizá menos incluso que el que había provocado el desmayo de Irma, pero como era tan egocéntrico y, a pesar de su imponente apariencia, asustadizo, dejó su trabajo y huyó, después de vender sus pertenencias... y su Ferrari. Bueno, la historia del Ferrari no es exactamente así. En realidad, al hacer balance de lo que le supondría pagar al fisco después de venderlo todo, se dio cuenta de que no le convenía venderlo todo. Además, Julián siempre se guardaba un as en la manga. Alicaído y acobardado pero no idiota, cogió el dinero de sus ventas y desapareció.

Dos meses después de que Irma sufriera aquel episodio de desvanecimiento, Julián apareció en su casa disfrazado con una túnica de brillantes y llamativos colores. En el primer momento, Irma pensó con alegría que por fin su hijo iba a verla, pero pronto se dio cuenta de que lo único que quería era, una vez más, algo de ella. Le contó con mucha rimbombancia que había vendido sus pertenencias, aunque le quedaba algo que no podía vender sin perder mucho dinero, así que pensaba poner a su nombre su bien máspreciado, su coche. “Es que no puedo fiarme de nadie”. Dijo que había leído muchos libros de autoayuda y New Age, que había estado en la India y había encontrado el sentido de su vida. Se había encontrado consigo mismo gracias a los sabios que había localizado en su viaje. Irma le observaba en silencio. “Pobrecito”, pensaba, “qué hombre tan simple”. De pronto lo entendió: “Es como un pollo sin cabeza. Mucha gente vive igual, corriendo de un lado a otro, cambiando unas cosas por otras, ignorantes y perdidos, tropezando con todo lo que tienen delante sin poder reconocerlo”. Aquello fue para Irma una revelación.

Julián había escrito un librito con todo lo que le dijeron los supuestos sabios, adornado con frases y palabras vacías pero llamativas. Julián partía de nuevo de viaje y dejó el Ferrari en un garaje del centro de Nueva York, hizo firmar a su madre los papeles del coche y se marchó.